

de sociología y crítica literaria, basados en un criterio firme y claro que une a las ideas más avanzadas la más serena apreciación y los más maduros raciocinios.

Tocante a su inspiración, Roberto Brenes Mesén es el poeta verdadera y supremamente personal. A ninguna inspiración le cuadra tan bien como a la suya el calificativo de «jardín interior». En su fantasía florece el más exuberante jardín, embellecido y cultivado a la continua, enlazadas las delicadezas de las enredaderas a los robustos troncos del criterio que allí dan sombra, y cubiertas las espinas por una profusión de rosas blancas, por un adormecimiento de mariposas. Las ideas y sentimientos extraños no engalanan ese pensil; caen en él tan sólo como semillas: el pensamiento del poeta las cubre como capa de tierra benéfica, las hace germinar en su seno, rociados por su sentimentalismo, podadas por su reflexión, hasta que logra que vivan en sí mismo en la más clara y prolija florecencia.

Los poetas son por lo general temperamentos de una gran sensibilidad, que vibran al influjo de todas las emociones purificándolas en el filtro de su gusto estético sin patrocinarlas ideológicamente; de ahí sus muchas contradicciones; ellos no son sino barómetros del lujo que marcan la temperatura del sentimiento. Pero hay otros como Brenes Mesén tan desligados del medio ambiente, que crean por medio de un lento cultivo interior y una tendencia personal.

Brenes Mesén tiende siempre como Lugones a engastar un símbolo en cada detalle del paisaje; no obstante, los dos, lejos de ir identificados, llevan tendencias diametralmente opuestas. Lugones coloca sobre el paisaje las emociones del espíritu, y Brenes Mesén viste el espíritu con los detalles y colores del paisaje; en el uno impera la imaginación y en el otro el sentimiento:

«Y el silencio crecía; y a veces, de su calma,
cual se desprende el pétalo de un lánguido
[jazmín,
en una lenta lágrima de luz se le iba el alma,
y era una estrella errante caída en el confín».

Estudiando esta estrofa de Lugones, en la que da encarnación al silencio inspirado por la quietud de un paisaje marino en la noche, se ve claramente que la metáfora tuvo origen en un detalle del paisaje: el fenómeno meteorológico de los aerolitos en el cielo estrellado que estaba contemplando.

Otro es el proceso de Brenes Mesén. El se arroba contemplando las interioridades de su espíritu y en el vigor de su fantasía les va dando forma; entre los velos blancos de lo inmaterial, todas las abstracciones van

tomando vistosos trajes de colores, y las pasiones se convierten en rosas de púrpura sobre las cuales el espiritismo es un riego gorgoreante de surtidores... Y las ideas son lagos sobre los cuales despliegan sus velas las estrofas en forma de carabelas, con rumbo a las «Islas Fortunatas».

«Ha abrochado el silencio
la cintura de rosas
del jardín de mi vida.

«Un sol puro derrama
su luz de pensamiento
sobre todas las cosas
del jardín y del huerto».

En estas dos estrofas ha sintetizado el poeta su temperamento artístico. El no se inspira en el artificio de la vida exterior, sino en el silencio y en el retraimiento, vagando por las floridas interioridades de su alma, cada vez más dilatadas. De ahí que entre todas sus composiciones haya una estrecha concatenación, como la de las notas que componen un período musical. Hay en él una unidad de sentimiento como puede haberla de ideas en el filósofo Tomás de Aquino. La inspiración de Roberto Brenes Mesén, estudiada cronológicamente, presenta la uniformidad de una corriente cristalina, siempre con la misma suavidad sonora, siempre en un tranquilo rodar, sin otra variación que la de los paisajes que en ella se reflejan, y la amplitud que va tomando a medida que baja. El símbolo va viviendo cada vez más hasta el punto de que pasaría por incomprendido para la imaginación que no se hubiera acostumbrado a él, que no hubiese traspasado del todo los

umbrales de ese mundo suavemente alegórico.

Si distinguimos la verdadera personalidad de la originalidad, José Asunción Silva y Roberto Brenes Mesén son dos poetas verdaderamente personales; la obra de cada uno de ellos tiene un conjunto armónico, una tendencia personalísima muy desligada del mundo exterior.

Sus inspiraciones son dos serenatas. La una, de notas bajas y pesimistas, de súbitos entusiasmos irónicos y que acaba con acordes bruscos y trémolos llenos de inquietud... La otra dulce como una serenata de Schubert, que rematará con un calderón de la tónica, con una sugestión de quietud indefinida, de inmensidad...

El uno es un arroyo oscuro que se extrangula entre rocas, y lanza cargadas sarcásticas o rumora pesimismo... porque sabe que le espera una boca subterránea... y se precipita a ella...

El otro es un arroyo de cristal que rueda mansamente a campo abierto, por praderas perfumadas, y va, cantando melancolías, a rendir su tributo al mar... al azul infinito.

Roberto Brenes Mesén me ha enseñado a conocer a los poetas. La poesía no es tesoro amonedado que rueda de boca en boca de la fama. Su culto tiene algo de contacto con el del arcaísmo: lo más valioso hay que irlo a buscar en las ruinas ignoradas, en los templos ocultos, como el templo poético de Mallarmé.

LUIS ENRIQUE OSORIO

Nueva York, 1919.

LA TIRANIA BANCARIA Y LA REVOLUCION

I

HISTORIA SINTÉTICA DE LOS ALTOS PRECIOS

ANTES de la primera guerra mundial, Europa se había planteado el angustioso problema de los altos precios. Después de la guerra, este problema es tal, que los altos precios presentan como irremisible una convulsión, ya sea destructora, ya sea salvadora, de los pueblos agobiados. Aun los hombres que no esperan la revolución y la temen, creen que el grado de exasperación a que hemos llegado, hace de todo punto inevitable la disolución interna del régimen económico y político vigente.

Estudiando los precios de 1860 a 1920, se ha observado que, entre 1860

y 1870, la curva no tiene carácter distintivo, pues los precios suben o bajan caprichosamente al parecer; de 1870 a 1874 los precios suben, acaso como resultado de la conmoción causada por los cinco mil millones de la indemnización francesa; en 1874 comienza un descenso que se precipita en 1880 y que parece amenazar con una catástrofe disolutiva al capitalismo entre 1885 y 1888; pero, a partir de este año los precios tienden a mantenerse, y en 1890 la curva ascendente no se detiene ya, pues desde 1900 los precios siguen con inexorable fuerza, escalando alturas de donde no han bajado.

Los estadistógrafos más autorizados señalan entre 1901 y 1911 los términos del aumento de precios en esta forma:

Cereales, de 500 a 548.

Otros artículos de alimentación, es-